

21. El Juicio de los Impíos

La historia de nuestro pequeño planeta revela el conflicto entre dos caracteres opuestos. El bien y el mal, lo verdadero y lo falso, han hecho de este el campo de batalla de la contienda. El conflicto ha girado en torno a dos principios, y cada individuo se ha alistado de un lado o del otro. No ha habido término medio. Cristo es el General de las fuerzas del cielo, y el amor y la verdad han sido los estandartes bajo los cuales ha luchado su pueblo. Satanás ha comandado el otro ejército, y su plan ha sido derrocar no solo a aquellos que lucharon con Emanuel, sino también aniquilar el gobierno de Dios. Con este fin ha luchado; y en la contienda de seis mil años, solo dos mentes han tenido el control. Los hombres que no han aceptado a Cristo se han alistado en el ejército del enemigo. La historia de la vida de Satanás es inmensamente triste. Es el registro de alguien que tomó una posición para sí mismo, para la falsedad y para la tiranía.

En todo el curso de su progreso, ha sido una sucesión de derrotas. La aparente victoria por un tiempo, no fue sino el heraldo de un rechazo más abrumador, cuando se conoció el final. En sabiduría, el archienemigo superó a todos en el universo, excepto al Padre y al Hijo; en belleza, eclipsó a las huestes angélicas; en poder, estaba junto a Cristo. Así lo describe la inspiración: «Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado de hermosura... toda piedra preciosa era tu vestidura... Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad.»

Entonces, desde este lugar exaltado como querubín protector, cuyas alas cubrían el trono, y a través de quien brillaba la gloria eterna, cayó por orgullo. «Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor.» Celoso de Cristo, el único unido con el Padre en los concilios del cielo, Satanás levantó rebelión. Este fue el comienzo de la autoexaltación, y toda iniquidad ha fluido desde entonces de esta fuente. «Y hubo

guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles, y no prevalecieron.» Esta fue la primera derrota, el primer paso hacia su completa destrucción. Dejó su posición junto al trono para establecer un gobierno rival. Satanás y sus ángeles fueron arrojados del cielo. «Ni se halló ya lugar para ellos en el cielo.» Este fue el primer derrocamiento de Lucifer.

Expulsado de la presencia de Dios, a Satanás se le permitió hacer de la tierra la sede de su poder, para que Dios pudiera vindicar Su ley y Su gobierno a la vista de todo el universo. El diablo, por lo tanto, se convirtió en el príncipe de la tierra y del aire, y como príncipe de la tierra, se reunía con los representantes de otros mundos ante la puerta del cielo. Año tras año, permanecía en esa asamblea como el acusador de Cristo y de los hermanos. Todavía acusaba vilmente a Dios de injusticia, y le echaba la culpa de la rebelión. En la tierra, estaba ejerciendo todo esfuerzo para establecer un gobierno que no fuera derrocado; en el concilio, se esforzaba por probar que su falta de éxito se debía a la interferencia con sus planes por parte del Dios del cielo.

En la plenitud del tiempo, el Príncipe de Paz vino a la tierra. En el corazón del gobierno del enemigo, vivió una vida sin pecado. La voluntad de Dios fue hecha por Él como se hace constantemente en el cielo. Pero el que no tenía pecado fue inmolado: la cruz fue la recompensa de la virtud, cuando Satanás dictó el juicio. Mundos no caídos observaron y se maravillaron; y mientras Cristo colgaba de la cruz, la asamblea en la puerta del cielo decidió que Satanás ya no debería entrar allí. «Consumado es», gritó el Salvador, mientras su mirada penetraba la oscuridad. «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera»; y viendo el triunfo de la cruz, dijo: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.» «Y oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque el acusador de nuestros hermanos ha sido lanzado fuera, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero.» Así, Satanás, en la crucifixión, fue

excluido del concilio de los mundos. Cristo dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo.» Este fue su segundo derrocamiento.

Desde la resurrección de Cristo, Satanás, sabiendo que su tiempo para obrar era corto, ha puesto toda su fuerza en ganar súbditos para su reino. Hoy anda como león rugiente, buscando a quien devorar. Los reinos de la tierra están cada vez más bajo su poder. Las iglesias, una vez controladas por el Espíritu de Dios, ahora rinden lealtad al príncipe de este mundo. Un poder que obra milagros está por toda la tierra, engañando, si fuera posible, a los mismos escogidos. La pequeña compañía que preserva el conocimiento de Dios en la tierra es cazada y perseguida por todas partes; pero finalmente el Salvador aparecerá para llevarlos a la ciudad que ahora les está preparando. Los impíos son aniquilados por el resplandor de su venida, y son esparcidos por la faz de la tierra, — un festín para las aves de rapiña; o son tragados por los poderosos terremotos. La tierra, rota y desgarrada por los bamboleos de un lado a otro en la séptima plaga, está oscura y lúgubre. Está sin forma y vacía, y las tinieblas están sobre la faz del abismo, como antes de que Dios hablara para la creación de la luz. Es el caos, el abismo sin fondo, o la fosa de la traducción de Rotherham. «Y vi a un mensajero que descendía del cielo, teniendo la llave del abismo, y una gran cadena en su mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es Adversario y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró y selló sobre él, para que no engañase más a las naciones.» Es arrojado al abismo, y este se sella sobre él; así, por mil años, Satanás está confinado a la tierra. Ya no tiene libertad para visitar otros mundos; sino que, a solas con sus propios pensamientos, tiene tiempo para contemplar el registro de los últimos seis mil años de rebelión contra el trono de Dios. Ya no es el hermoso querubín protector, el líder del coro angélico, el dulce cantor del cielo, el que sellaba la suma llena de sabiduría y belleza. La gloria se ha desvanecido, y el semblante, una vez iluminado por el amor de Dios, ahora delata la astuta maldad de seis mil años de crimen. Este es el tercer derrocamiento de Satanás. Al final de los mil años, «debe ser desatado por un poco de tiempo»; y luego viene la destrucción final, el borrado del último rastro del pecado.

A veces surge la pregunta: «¿Qué sucederá durante los mil años entre el aprisionamiento de Satanás y su liberación por un corto tiempo?» A Juan le fue revelado el evento que tendría lugar durante ese tiempo.

«Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen... y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.» Cuando Cristo aparece en la nube blanca, «enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.» Pablo vio la misma escena, y así la describe: «El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor.» Esta es la primera resurrección, cuando los justos muertos saldrán a la voz de Cristo, y con los justos vivos, se encontrarán con el Señor en el aire. «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección. ...Serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él mil años.»

«Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar.» Durante los mil años, los santos viven en la Nueva Jerusalén, la ciudad de Dios; y como sacerdotes de Dios y de Cristo, se sientan a juzgar los casos de los impíos. «¿No sabéis», escribió Pablo a los corintios, «que los santos han de juzgar al mundo?... ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?» Pedro tenía en mente este trabajo judicial cuando escribió que «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que habiéndolos arrojado al infierno y entregado a prisiones de oscuridad, los reservó para ser juzgados.»

Mientras el mundo ha estado haciendo historia, el cielo ha estado llevando registros. «Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala.» «No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará.»

«Mas yo os digo», dijo Cristo, «que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.» Durante la vida de cada individuo, los ángeles registran los pensamientos y los actos. Estas cosas se colocan en un libro, llamado por Malaquías, el «Libro del Recuerdo». Este es el diario del cielo, y en él se registran no solo las palabras y los hechos, sino también las circunstancias y los motivos que impulsaron los actos. El lugar en el que nace un hombre se registra como importante al impartir justicia. «Jehová relatará en los registros de los pueblos: [que] Este nació allí.» «Mencionaré a Egipto y a Babilonia entre aquellos que me reconocen. He aquí, oh Filistea, y Tiro, junto con Cus, Este nacerá allí.» (Spurrell.) David ora: «¡Cuenta mis aflicciones! ¡Pon mis lágrimas en tu redoma! ¿No están anotadas en tu libro?» (Spurrell.) Cada dolor de corazón causado por el pecado o la opresión, cada anhelo de una espiritualidad superior, de un caminar más cercano con Dios, — todo esto está escrito en este Libro del Recuerdo, en el cual no hay entradas falsas, porque los registros son divinos. «Extendí mis manos todo el día a pueblo rebelde, el cual anda por camino no bueno... He aquí que escrito está delante de mí... Por tanto, yo les mediré su obra antigua en su seno.»

Estas son algunas de las cosas que están escritas frente a nuestros nombres en los registros diarios del cielo. Toda la naturaleza enseña la misma lección. Hay un registro guardado en el cielo; y hay una cuenta igualmente precisa, guardada en el cuerpo de cada individuo. Los actos de cada día dan forma al carácter, dan forma al vaso que contiene el espíritu, tan verdaderamente como el barro es modelado en la rueda en las manos del alfarero. La expresión facial, el lenguaje, los gestos, todo en una persona, puede ser leído como un libro abierto, por el ojo perspicaz de Jehová; y este registro de vida que cada hombre lleva consigo hasta el momento de la muerte, es tan verdadero como el del cielo. Los dos corresponderán exactamente en el día del juicio, cuando los libros sean abiertos, y los muertos, grandes y pequeños, estén ante Dios. El hombre puede engañar a su prójimo en cuanto a su carácter, pero esto es solo debido a la incapacidad de

su hermano para leer. Cada página está en blanco al nacer; pero con el primer aliento, el ángel registrador comienza a escribir. Si solo una vida fuera afectada por los actos de hoy, podrían pasarse por alto; pero nuestros pensamientos y acciones diarias se reproducen mañana en una nueva generación. Dios, viendo la influencia de la herencia, juzga al que es verdaderamente culpable. En los tribunales terrenales, muchos hombres sufren por los crímenes de sus antepasados. En el juicio final, no será así; porque el Libro del Recuerdo es el registro de un Ser infinito. Él ve el fin desde el principio, y conoce nuestros pensamientos desde lejos.

Además del Libro del Recuerdo, está el Libro de la Vida. A este se hace referencia muchas veces en las Escrituras. En sus páginas aparecen los nombres de todos los que alguna vez han profesado el nombre de Cristo; todos los que han buscado ayuda hacia el cielo. El Salvador reprendió suavemente a sus discípulos cuando se gloriaban del éxito que acompañó su primer viaje misionero, y dijo: «Mas bien gozaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.» Aquellos que permanecen fieles a Dios tienen sus nombres retenidos en el Libro de la Vida del Cordero; y las buenas obras del Libro del Recuerdo están escritas frente a estos nombres. Aquellos que se cansan y se apartan del Señor, tienen sus nombres borrados del Libro de la Vida; y al mismo tiempo, el registro en el Libro del Recuerdo, muestra solo los pecados que han cometido. Cuando un nombre se inscribe en el Libro de la Vida, se toma el nombre de Cristo, y por fe las obras de Cristo son imputadas al creyente. Cuando se abandona a Cristo, no hay registro de buenas obras, porque sin Él nada podemos hacer; y la página pronto se llena con un registro de orgullo, egoísmo y todas las obras de la carne. «Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción.»

Por otro lado, cuando un alma se arrepiente, no importa cuál haya sido el registro pasado de pecado, su nombre se inscribe en las páginas del Libro de la Vida; esos pecados son cubiertos por la sangre de Cristo y finalmente son borrados. «Así que, arrepentíos y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio.»

El tercer libro es el Libro de la Muerte, y en él están los nombres de aquellos que pudieron haber tenido vida, pero que eligieron la muerte. Frente a cada nombre, está la lista de pecados a los que el mundo y el diablo, sin la ayuda de Cristo. «Aunque te laves con lejía, y amontones jabón sobre ti, la mancha de tu pecado permanecerá aún delante de mí, dice Jehová el Señor.» A este Libro de la Muerte se hace referencia cuando Oseas dice: «Atada está la maldad de Efraín; su pecado está guardado.» Y Job dijo: «Atada está en saco mi transgresión, y sellas mi iniquidad.»

A estos tres libros — el Libro de la Vida del Cordero, el Libro del Recuerdo y el Libro de la Muerte — se refiere a menudo el escritor inspirado. Cuando el juicio investigador comenzó en 1844, se abrió el Libro de la Vida; y ante el Padre, Cristo intercedió con su propia sangre por cada nombre para el cual se había escrito perdón. El Libro del Recuerdo hablaba de los pecados cometidos por estos, pero la justicia de Cristo fue una cobertura, y los pecados fueron transferidos a la cuenta de Satanás en el Libro de la Muerte. Esta fue la obra de Cristo en el lugar santísimo del templo en el cielo. Fue tipificada por la obra del sumo sacerdote en el santuario terrenal en el Día de la Expiación. En ese día el sacerdote salía del santuario, y ponía su mano sobre la cabeza del macho cabrío, en el atrio exterior y confesaba los pecados del pueblo sobre su cabeza, en tipo transfiriéndolos al macho cabrío, el cual era luego llevado al desierto por la mano de un «hombre de oportunidad». Esto representaba la obra que se presenta en el capítulo veinte de Apocalipsis. Cuando Cristo termine su obra en el templo, todos los pecados de Israel serán puestos sobre Satanás; y durante los mil años en la tierra, solo y desolado, los pecados que él tentó a los redimidos a cometer, pesarán mucho en su corazón. Su nombre encabeza la lista en ese Libro de la Muerte, y le siguen multitudes innumerables como la arena a la orilla del mar que lo han elegido como líder. Durante los mil años los justos reinan con Cristo, y con Él, revisan el Libro de la Muerte, otorgando castigo a aquellos cuyos nombres están escritos allí.

«Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; sobre estos la segunda muerte no tiene potestad. ...Y cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión.»

A la voz de Dios, la tierra entregó a los muertos, que durante mucho tiempo habían dormido en su seno. «El mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos.» Se levantan para ver la ciudad santa descender de Dios desde el cielo. El Monte de los Olivos se parte en dos y la ciudad con todos sus habitantes reposa allí, — los impíos contemplan la recompensa de los justos. Entonces Satanás reúne las huestes de los impíos que han resucitado, e inspira en ellos la esperanza de que la ciudad de Dios puede ser tomada. Su ejército es innumerable; está compuesto por hombres de todas las épocas, — intelectos gigantes, héroes y grandes hombres de la tierra, reyes, gobernantes y hombres poderosos en riqueza, que salen de sus tumbas con las mismas ambiciones egoístas con las que la vida terminó. Estos, cuyo número es como la arena del mar, están perfectamente organizados y minuciosamente entrenados. En formación de batalla, marchan sobre la superficie rota de la tierra, hacia la ciudad santa, que se alza hermosa y glorificada. A medida que las huestes se acercan a la ciudad santa, con sus cimientos brillantes y puertas de perla, envuelta en la luz de su Rey, las puertas se cierran, y en un gran trono blanco, alto y elevado por encima de las murallas de la ciudad, a la vista de las innumerables huestes, se sienta el Rey de Reyes, sosteniendo en alto la ley de Dios. Aquellos en armonía con esta verdad fundamental están dentro de la ciudad. Aquellos que la han rechazado y han elegido el liderazgo de Satanás están fuera. Por un breve tiempo, los impíos contemplan las glorias que han perdido. Cristo es visto en toda su belleza. La historia del amor redentor desde la caída hasta el fin, revelada por la cruz, destella vívidamente ante cada mente. «Su cuerno será exaltado con honor. Lo verá el impío y se irritará; crujirá los dientes y se consumirá; perecerá el deseo de los impíos.» «Allí será el lloro y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros seáis echados fuera.» Cristo es exaltado en presencia de

esa hueste; toda rodilla se dobla ante Él, y cada alma en esa multitud de condenados, rinde alabanza a Jehová.

El mismo Satanás se ve obligado a presenciar el triunfo de la verdad en el Hijo de Dios. Los justos, dentro de la ciudad, que han examinado los registros de vida de aquellos fuera de las murallas, ven, mientras esta hueste marcha en formación de batalla, que el espíritu de destrucción aún posee sus corazones, y reconocen que los juicios de Dios son verdaderos y justos por completo.

Entonces, desde Su trono, Dios sopla sobre las multitudes reunidas. Fuego desciende de Dios del cielo y se mezcla con el fuego que brota del interior de la tierra; y los devora. «Y el diablo que los engañaba [a las naciones] fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta.» «Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. ...Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.» Esta es la segunda muerte. Aquí, las palabras del Salmista se cumplen: «Ciertamente el justo será recompensado en la tierra; ¡cuánto más el impío y el pecador!» La ciudad de Dios, como el arca en el diluvio, navega segura sobre las olas de fuego. Los elementos se derriten con calor abrasador, y la tierra, con todas sus obras, es quemada. Los impíos se convierten en cenizas bajo las plantas de los pies de los justos. El último acto en el servicio simbólico del tabernáculo — la colocación de las cenizas del becerro en un lugar limpio — ha encontrado su antitipo. La tierra es purificada por fuego; el pecado y todos sus efectos devastadores son destruidos. La controversia ha terminado. El enemigo de la verdad, junto con todos los que han defendido su causa, es borrado para siempre de la existencia: la tierra está lista para ser renovada por la presencia de Dios y repoblada por aquellos que han sido rescatados por el amor de Cristo de la ruina que amenazaba con engullir a la raza. La lucha fue terrible; la victoria se compró a un precio muy alto, pero al mirar a la compañía reunida alrededor del trono, Cristo ve el fruto de la aflicción de su alma y queda satisfecho.